

Nueve telegramas sobre Rafael Alcides

Antonio José Ponte

Fue en 1984 que Rafael Alcides salió, con el libro titulado *Agradecido como un perro*, de una etapa de silencio.

Veinte años antes había publicado su primer volumen de poemas: *La pata de palo*. Y una novela suya había ganado mención en un premio continental de novela para no ser publicada, una más entre sus muchas inéditas.

Luego vino el silencio.

Tengo vagas noticias de las causas de ese retraimiento suyo, voluntario hasta donde sé. Y ahora que me siento a escribir estas líneas, evito levantar el auricular, pedir a una vecina que me llame a Alcides (el poeta no tiene teléfono propio) y preguntarle sus motivos de entonces.

En un poema fechado en 1980 él trataba de rosa a la revolución.

El poema era una salutación a la Revolución, a la rosa, ambas palabras con mayúsculas. No obstante, alguna desavenencia botánica o política debió mantenerlo durante casi veinte años lejos de las editoriales y de las páginas de las revistas.

La publicación, a inicios de los 80, de su segundo libro de poemas venía a pasar por alto tal inconformidad.

Borrón y cuenta nueva. A Alcides le pareció posible suponer que lo ocurrido en la década anterior era una anomalía de la conducta revolucionaria. La censura de tantos escritores y artistas, una dolorosa equivocación. Equivocación la de apurar a figuras mediocres.

Quinquenio gris, lo llamaría Ambrosio Fornet, y su denominación recortaba el alcance de tanta miseria, que duró más allá de cinco años. (Aunque llamarlo quinquenio le daba un aire de planificación soviética).

Fornet atenuaba el color, más oscuro que gris, según pudieron percibirlo un Piñera o un Padilla, un Lezama Lima o un Arenas.

Sin embargo, el año en que Alcides comparó a la Revolución con una rosa fue, no menos que los anteriores, tiempo horrible. Y la esperanza o ingenuidad demostrada por él resultó escarmentada a la larga: una década más tarde, el poeta iniciaba un nuevo período de reclusión que dura hasta hoy.

Rodeado de su esposa, del menor de sus hijos y de dos perros, acumula en su apartamento gruesas novelas inéditas y libros de poemas. Conversa largamente con sus visitantes (yo he pasado a dejarle un recado y he tenido que quedarme, a gusto, durante horas), espera.

Nadie, ni él mismo, es capaz de aventurar la fecha en que dará a publicación el próximo título.

Tuve diecinueve o veinte años de edad cuando apareció en librerías *Agradecido como un perro*. Su autor acopiaba piezas de distintos libros por temor de no verlas publicadas nunca («el temor de que acaso no me volvieran a publicar», ha confesado), y leí de un tirón aquel libro para encontrar al menos dos Alcides. Uno, de escuetos pero muy efectivos recursos, llano, camaraderil, sentimental. Otro, enfebrecido, enfático, capaz de iniciar de este modo un poema: «¡Oh, hecatombe! ¡Oh, día negro!».

De ambos, el primero ha sido y es mi favorito. Fue ese Alcides quien me hizo prestar a los amigos mi ejemplar, el que me hizo volver una y otra vez a los mismos poemas, de quien (casi sin conocer entonces al autor) me sentí próximo.

Con el segundo Alcides, en cambio, no he conseguido armonizar. Y, pese a lo manifestado por su autor, creo que el verdaderamente whitmaniano es el primero de ambos. Porque consigue de cada lector un prójimo.

Testigo como fui de su salida del silencio, puedo conjeturar cómo serán las cosas cuando él ofrezca a sus lectores nuevo libro:

Obligado por idéntica aprensión, supongo que incurrirá otra vez en la reunión de poemas de varias de sus obras. Él, que ha ordenado los apartamientos y silencios de su vida como se ordenan las cesuras y blancos del poema, ofrecerá en ese volumen una autobiografía.

No otra cosa son sus libros publicados.

Estará allí, infaltable, esa mata de pascua a la que llama bandera de su infancia.

Los traficantes de ganado se detendrán, en las noches de enero, para encender grandes hogueras y asar un animal bajo la luna.

Un poema entremezclará hasta la confusión la cópula y el parto.

Las hojas de los árboles caerán en las películas para marcar el paso de los años, y así se irá la vida lo mismo que en la pantalla de los cines.

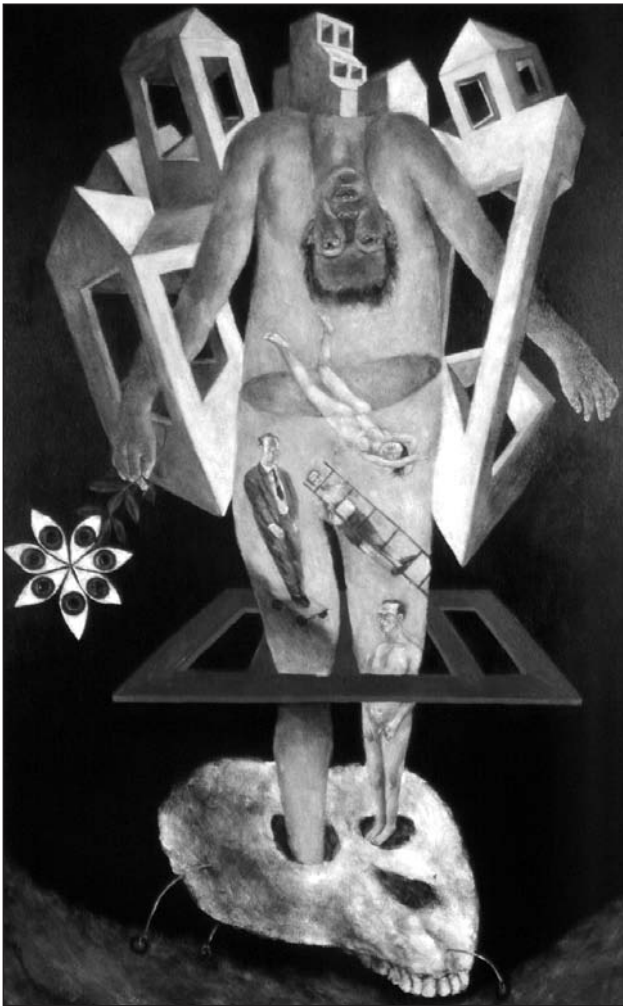
Retornarán «aquellos espaguetis de entonces al caer la tarde / con su olor de guayabas remotas que el viento traía desde el bosque y el río / como una bendición, / si el recuerdo no miente, / si todo no fue un sueño».

☞ Nueve telegramas sobre Rafael Alcides ☞

Y Alcides, quien posee en persona una voz redonda y tremenda, meterá la cabeza en el paréntesis de uno de sus poemas para gritar: «¡Yo ya fui de Barrancas!».

Del mismo modo que lo fuimos mis amigos y yo, habrá lectores primerizos para sus poemas.

No importa quiénes sean los dioses particulares de esos lectores venideros o con cuánto absolutismo reine sobre ellos algún poeta omnímodo: a los veinte, Lezama era mi dios, y aun así los poemas de *Agradecido como un perro* cupieron en la anchura de paso de desfiladero que tenían entonces mis convicciones sobre poesía.



Night voyage,
Óleo sobre lino, 60 x 38 pulg., 1989.